

VIII.

A SILVIA.

Muéstrame el blanco pecho,
Silvia, si ver deshecho
No quieres este mío,
Testigo el laurel pío
Que da sombra á esta fuente
Con su copa eminente,
Que mostrarle ofreciste;
O dame un dulce beso:
Ni éste nunca me diste,
Ni tampoco por eso
El blanco pecho he visto;
Más tiempo no resisto,
Que así el amor lo manda;
Amor, que siempre anda
Dando á los corazones
Dolorosas pasiones;
Amor, que dulce ahora
Está en mi pecho y mora;
Amor, niño querido,
Que este bien me ha ofrecido;
Ea, de ser rogada
Deja, y de dos favores
Haz uno á mis amores
De los que has prometido;
Y mi hoguera templada,
Quedarás más amada,
Y yo favorecido.

IX.

A UN JILGUERILLO.

Jilguerillo canoro,
Si escuchaste la pena
Que del pecho doliente,
Por la niña que adoro,
Sale continuamente
Y en mi triste voz suena,
Tu dulce canto enfrena,
Y con ligero vuelo
Camina al fértil suelo
Donde mi Silvia mora;
Mi Silvia, que á esta hora,
Libre, libre de amores,
Burlará los dolores
De mil vivos deseos.
¡Ay! deja tus gorjeos,
Y en saltos voladores
Dile al dueño que quiero
Cómo por ella muero.

X.

Coronado de yedra,
Y de vides cubierto,
A hacer fui sacrificio
Al buen padre Lieo:
En torno de mí iban
Muchos zagales diestros,
Ya en tañer presurosos,
Y ya en saltar ligeros,
De bacanales ninfas
Coro iba delantero,
Refiriendo en sus himnos
Del gran padre los hechos.
Yo, sin parar la copa,
Iba vino bebiendo,
Gustoso como tinto
Y fuerte como añejo;
Mas antes que pudiera
Llegar de Baco al templo,
Poseído del mismo,
Midió mi cuerpo el suelo.
Dormido allí quedéme
Aun más de un día entero:
Fuéronse los pastores,
Y las ninfas se fueron;
Mas luego al otro día

DON JUAN PABLO FORNER.

Me vi en mi propio lecho,
Y hallé que el sacrificio
Sólo había sido un sueño.

XI.

Amor me ha coronado
Con guirnalda de rosas,
Y Apolo me ha hecho dueño
De su lira sonora;
Pero ¿de qué me sirven
La lira y la corona,
Si Baco no me ha dado
El dominio en su copa?

XII.

¿Para qué el oro sirve,
Ni para qué la plata,
Sino para el cuidado
De tenerla encerrada?
Pues, mozo, trae la copa,
Y tú, Dorila, baila;
Alternarán los brindis
Con tus ligeras danzas;
Porque ¿de qué aprovechan
Las riquezas y galas,
Si al que las tiene nunca
La alegría acompaña? (1).

XIII.

A LISARDA (2).

A tomar el aire al llano
Lisarda esta noche sale;
¿Para qué más aire quiere,
Si ella lleva todo el aire?
Tapada va, siendo hermosa,
De su deidad propio ultraje,
Que es blason de la hermosura
Hacer gala del desaire.
Con los robos que iba haciendo,
Ni muy difícil ni fácil,
Quiere que todos la sigan,
Mas que ninguno la alcance.
Descubrió su rostro bello,
Y yo le dije al instante:
«¿Para qué el sol me amanece,
Si á la luna he de quedarme?»
«No muera de haberte visto;
Deja el matar para el áspid,
Que no es gala en un rendido
Triunfar con fatalidades.»
Respondió, airosa y discreta,
Que poco sabe el amante
Que, sabiendo que lo quieren,
Manifiesta que lo sabe.

XIV.

A SU HIJO, QUE SE ENTRETENIA
EN JUGAR CON LOS LIBROS DE
HOMERO.

¡Oh tú, niño travieso,
Ven y recíbeme de mi labio un beso,
Indicio del paterno regocijo;
Ven á mis brazos, hijo, [mosa,
Graciosa imagen de tu madre her-
Delicias mías, gozo de tu casa,
Que tus gracias celebra y tus encantos!
Fortuna venturosa
Te espera: besos mil y mil sin tasa
Estamparé en tus labios carmesies,
Y daréte otros tantos

(1) Escrita á los diez y seis años.

(2) Algunos atribuyen á FORNER esta anacronística, que se publicó en el *Diario de Sevilla* de 2 de Octubre de 1792.

Cuando te vea, cual hiciste ahora,
Sacudiendo los tiernos piececillos,
Pisar á Homero y al varón famoso
Que avasalló con labio victorioso
Al pueblo vencedor del orbe entero,
Me miras, te sonríes,
Y conviertes los ojos picarillos
Al lugar donde yace la sonora [da,
Trompa de Homero, por tus piés pisada,
Y la fuerza de Tulio maltratada;
Triunfo de tu inocente travesura.
Los cielos este agujero [gas
Faustos te cumplan, y en pisar prosa.
Los ejemplos de inútiles fatigas:
A muy alta ventura
Tus gracias ya te guían y te empeñan
Pues ya el ingenio á despreciar te en [señan,

XV.

De un laurel eminente
Se miraba pendiente
La aljaba de Cupido,
Y á éste también dormido
Al margen de una fuente.
Mi Silvia, que aspiraba
A vengar en la aljaba
Los rigores del dueño,
Valiéndose del sueño
En que embebido estaba,
Con el pié quedó y blando,
Y á Cupido mirando,
Paso á paso camina,
Y al tronco se avecina
Do el arco está colgando.
Coge el arco severo,
Y con el pié ligero
Por el bosque se aleja,
Pero despierto deja
Á Cupido primero;
Y él, libre ya de sueño,
Viola, y dijo risueño:
«Silvia, tu engaño rio;
Que aunque es el arco mío,
Su daño no es del dueño.»

XVI.

Dícenme mis amigos:
«¿En qué consiste, Aminta,
Que á tí más que á nosotros
Suelen mirar las niñas?»
Pero yo les respondo:
«Esto debo á mi lira,
Gustosa á sus palabras,
Afable á sus caricias;
Por ella de Cupido
La aljaba vengativa
A sus pechos de mármol
Las flechas encamina;
Por ella son mis voces,
Los gustos y las risas
Que Venus no desdena,
Que no ocupan la envidia;
Y así, dejad, amigos,
De dudar mis delicias;
Si queréis la experiencia,
Llegad, tocad mi lira.»

LETRILLA.

Si aunque más te adore,
Tuyo no he de ser,
Dime, idolo mío,
¿Qué tengo de hacer?
En tí sola vive,
En tí, el alma mía;
Si en vivir porfia,
Es porque recibe

DÉCIMAS.

Por gracia dichosa
De tu mano el ser;
Sin tí, Elisa hermosa,
¿Qué tengo de hacer?
Tu labio es mi gloria,
Tus ojos mi cielo;
En ellos su anhelo
Siga mi memoria
Bañada en delicia
De eterno placer;
Si te es impropicia
Mi fe, ¿qué he de hacer?
El matiz ameno
Del fecundo prado
Sólo es regalado
Y brinda á su seno
Cuando tú le esmaltas
Y haces florecer.
Si en él tú me faltas,
¿Qué tengo de hacer?
La pura corriente
Del tranquilo río
Lleva el llanto mío
Al mar de Occidente
Cuando de tu ceño
Blanco vengo á ser.
Si me odia mi dueño,
¿Qué tengo de hacer?
De tu gracia pende
Mi dicha y ventura.
Funesta amargura
Derrama y extiende
Sobre mí el destino;
Si de otro has de ser,
Idolo divino,
Sin tí ¿qué he de hacer?
Súplicas ardientes,
En culto humillado,
Ante tí postrado,
Formó en reverentes
Deseos que influye
Mi inmortal querer.
Si tu amor me huye,
¿Qué tengo de hacer?

A FILIS, ENFERMA DE LA
GARGANTA.

Amor, Filis mía,
Que enojado vió
La dureza ingrata
De tu corazón,
Vibrando la flecha
Con nuevo rigor,
Herirte dispuso,
Mas ¡ay! no acertó,
Al pecho asestaba,
Y el vibrado arpon
Tocó tu garganta,
Y en mi pecho dió.
Tú libre quedaste,
Yo herido de amor;
¡Oh, qué dulce hierro,
Si hiriera á los dos!
Tu garganta airosa,
Donde de tu sol
Ondean las hebras,
Que el oro envidió,
Lastimada apenas
Del golpe veloz,
Del robusto niño
Percibió el ardor;
Percibióle sólo,
Padézcole yo,
Herido, abrasado
De impía pasión.
Tú de amor te burlas,
Yo sufro su error;
¡Oh, qué dulce hierro,
Si hiriera á los dos!
En lánguidas quejas

Expresó tu voz
La fuerza del rayo
Que á tí se vibró.
¡Ah, Filis divina!
Si causa dolor
Cuando apenas toca,
Cuando no atinó,
¿Cómo estará el pecho,
Que del ciego dios
Sufrió todo el golpe,
Golpe vengador?
Yo por tí padezco,
Por tí, daño atroz;
¡Oh, qué dulce hierro,
Si hiriera á los dos!
Timidos deseos,
Que atable animó
De tus ojos gratos
El vivo esplendor,
De estar á tu lado
Diéronme ocasión;
¡Momento dichoso,
Si acertara amor!
De su arco invencible
Yo el juguete soy,
Pudiendo su tiro
Doblar el traidor.
Retiró la mano,
Sin ver dónde hirió.
¡Oh, qué dulce hierro,
Si hiriera á los dos!
Ay, niña adorable,
No te enojas, no,
Si en ruegos exhalo
Mi amarga aflicción;
Que en esta venganza,
Que amor meditó,
A mí fué la herida,
Y á tí la intención.
Amar tú debieras
Como amando estoy,
Y ya me contento
Con tu compasión.
Por mí, de Cupido
Burlas el rigor.
¡Oh, qué dulce hierro,
Si hiriera á los dos!

DÉCIMAS.

INEFICACIA DEL CANTO.

En tanto que amando vivo,
Sin que adolezca, el dolor,
Dictará versos amor,
Bellos por serlo el motivo.
Siento más que lo que escribo;
Y argumentó á la destreza
Del canto naturaleza
No dió, pues cuanto respira
Debo de Febo á la lira
Y de Silvia á la belleza.
Versos de amor no cantará
Si Silvia hermosa no fuera,
Y si la pasión no hiciera
Que yo sus gracias amara;
Mas tanto su ardor declara
Mi corazón encendido,
Que á límites reducido,
Las cárceles del estrecho
Centro no sufre, y del pecho
Sale en voces lo escondido.
Vió el inventor soberano
De la dulce melodía
Que para Silvia sería
Mi labio rudo y profano;
Dispuso que al sobrehumano

Sujeto que humilde adoro,
En canto puro y sonoro
Digno tributo rindiera,
Y así en mi lira grosera
Extendió sus cuerdas de oro;
Y tan tiernamente suena,
Que yo, sus voces oyendo,
En un nuevo ardor me enciendo,
Que el sentido me enajena;
Por ella el giro refrena
La máquina peregrina
Que el universo ilumina;
Sólo Silvia á su lamento,
Como anciano tronco al viento,
Ni oído ni piedad inclina.
Mas quiere amor compasivo
Que sólo al favor del canto
Agradezca mi fe cuanto
Mitigne el desden altivo.
Por esto refraa esquivo
De mi poder su trofeo,
Y sus gracias no poseo.
Amor, si quieres que viva,
O pierda Silvia lo esquiva,
O dame la voz de Orfeo.

LA AUSENCIA.

¡Con que, es preciso morir,
Contra lo que amor ordena!
Vivir con llanto y con pena
Es un amargo vivir.
Yo para tanto sufrir
En más estimo la muerte....
— Calla, imprudente, y advierte
Que aun cuando tu bien apoque,
La ausencia es piedra de toque,
En que amor prueba su suerte.

DANDO PARTE Á SU MECÉNAS DE
HABERLE NACIDO UN HIJO.

Ayer me ha nacido un hijo,
Señor, y como contemplo
En vos el cura y el templo
De mi mérito prolijo,
Ni me afano ni me aflijo
Aunque en espeso monton
Me naciera un escuadrón;
Porque para remediarlo
Basta á mi templo llevarlo
Y hacer la presentación.
A vos, señor, se presenta
Y en llanto se despejita
La infeliz criaturita,
Que es mía, según se cuenta;
Afligido aquí se ostenta,
Porque barrunta, aunque niño,
De su casa el pobre aliño;
Mas yo, enjugando su chorro,
Os ofrezco al triste rorro.
¡Ah, miradlo con cariño!
Ved en su rostro inocente,
Nacido apenas al mundo,
Ya impreso el sello profundo
De mi obsequio reverente;
Ved que ya muestra en su frente
La fe con que os ama el padre;
Y para que más le cuadre
El favor de vuestras manos,
Ved que con cuarenta hermanos
Le está amagando á su madre.
Criado vuestro será,
Porque he de criarlo yo,
Y la vida que logré,
Siendo mía, es vuestra ya.
Ahora el pobrecillo está
Sin saber lo que le pasa;
Mas si teneis por escasa
Mi oferta en tan grave asunto,

Si quereis, podeis al punto
Llevarlo á vuestra casa.
Tiene lindas propiedades,
Bien lo podeis admitir;
Nunca le veréis abrir
La boca, hablar necedades;
Todo lleno de bondades,
No os mentirá, yo lo fio,
Porque al fin es hijo mio;
Ni convertido en esponja,
Tentará con vil lisonja
Conquistar vuestro albedrío.

Aquí viene el chiquitín,
Todo ceñudo y mohino,
A quejarse del destino
De su fortuna ruin.
Llorando con retintín,
Dice en mudos desconsuelos:
«Tan mal me quieren los cielos,
Que con un padre me encestan
En cuya casa se gastan
Versos en vez de buñuelos!»
«Cuando yo pida confites,
Me dará unas *seguidillas*;
Y si pido almondiguillas,
Sobras de regios convites;
Allá de los escondites
Donde sus papeles guarda,
Sacará con mano tarda
Algun sucio enadernillo;
Y dirá: Escucha, chiquillo,
Un soneto á Belisarda.

«Si acaso á ser esqueleto
Dios al mundo me ha enviado,
Ha sido muy bien trazado
Hijo hacerme de un discreto;
Con su toga no me meto;
Pero, según ya barrunto,
La que hoy obtiene por junto,
Aunque á la esperanza brinde,
Me parece que nos rinde
Gran follaje y poco unto.»
«Esto dice allá entre sí
El chiquillo impertinente;
Mas yo, que amo seriamente
La dignidad que hay en mí,
Procuro endulzar así
La causa de sus temores:
«Hijo, á máximas mejores
Yo acostumbraré tu seso;
Sé justo, recibe un beso,
Ama la virtud, no flores.
«En tí la virtud florezca,
Crecza la sabiduría;
Que no faltará algún día
Quien, creciendo así, te acrezca;
Aunque su copa te ofrezca
El ocio en sabroso encanto,
Huye de él con espanto;
Que al benemérito, entiende,
Cuando el poder no le atiende,
Le atiende el público llanto.»

ROMANCES.

I.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR CONDE DE FLORIDABLANCA.

Contaros, señor, un cuento
Quiere una musa extrêmeña;
Porque, como en ocio vive,
Tiene a estilos de vieja.
Si rústica os pareciere,
Pensad, señor, que os presenta
Los frutos de su provincia,
Que la industria no adultera;

DON JUAN PABLO FORNER.

Frutos nada cortesanos,
En cuya tosca apariencia
La robustez que atesoran
Sencillamente demuestran.
La patria de los Corteses,
Toda de montes cubierta,
De encinas toda crizada,
Y hecha emporio de la hierba,
No será mucho que engendre
En sus opacas malezas
De cruditos montaraces
Raza desgredada y fiera;
Y no extrañéis, Conde excelso,
La comparación grotesca;
Que sin favor tierras y hombres
Quedan siempre para bestias.
Basta de prólogo; al caso:
Démonos prisa; no sea
Que á caza de mis coplillas
Ande algún crítico en vela.
Pues, señor, érase un día
En que á la hora que despliega
Su cándido manto el alba
Para encubrir las estrellas,
Del sediento Manzanares
Pisaba yo las arenas,
Muy obeso de esperanzas
Y muy flaco de pesetas.
Que se halle así no lo extraño
De quien estudiando espera:
No es mía; del buen Cervantes
Dicen que es esta sentencia.
Con sosegado embeleso
Repasaba en mi mollera
Grandes casos de fortuna
Que mienten historias luengas.
Sin almorzar, cosa es clara
Que todo honrado poeta
Puede á la orilla de un río
Delirar á menté suelta.
El sonreír de la aurora,
La bulliciosa cadencia
Del agua que mansamente
Se quebraba en las guijuelas;
El regalado rocío
Que á las flores ya despiertas
Para la pompa del día
Daba guarnición de perlas;
El sol, que, al último extremo
Del rojo horizonte, ostenta
Los visos mal apagados
De su magnífica hoguera;
La matutina frescura
Del aura alegre y traviesa,
Que ya en las flores se mece,
Ya en las aguas juguetea;
La lejana perspectiva
De cumbres que el valle cercan,
Y con azuladas masas
Fingen que se transparentan;
Las festivas avecillas
Que el aire cruzan ligeras,
Cantando al sol la alborada
Con variedad halagüeña.
En fin, señor, mil objetos
En que la naturaleza
Derramó de sus delicias
Toda la ufana opulencia;
Delicias que aunque á los hombres
Se destinaron, reserva
El buen gusto de las córtés
Para los versos y aldeas;
Hiriéndome vivamente,
Pudieron con su belleza
Distrar de mi memoria
Las congojosas ideas;
Y llevándola á discursos
De erudito que no almuerza,
Enajenada mi mente,
Creyó ver esta comedia.
Trasladado á antiguos siglos,
Me pareció que á las puertas

Del gran palacio de Augusto
Observaba yo á Mecénas.
Este, que, nieto de reyes,
Manejaba con el César
Del vasto imperio del orbe
Las no bien seguras riendas;
Acompañado de Horacio,
De la habitación excelsa
Salía entónces, tratando
Del mérito de un poema.
Asaltáronle á manadas,
Luego que le vieron fuera,
Pretendientes perdurables,
Célebres en esta ciencia.
Memoriales, quejas, ruegos
Ferozmente menudean
Sobre el infeliz valido,
Que oye con grata paciencia;
Cuando asaltándole un bruto
De aquellos que se lamentan
Porque á costa del erario
Su ineptitud no se premia;
De aquellos que el ser molestos
Por merecimiento cuentan,
Y lo que al sabio se debe,
Por importunos le pescan:
De aquellos que arrellanados
Las antesalas atestan,
Y al crujir de la mampara
Para el asalto se ordenan;
«Diez años de pretensiones
(Dijo con voz corpulenta)
No me han conseguido el puesto
Que pido por justa deuda;
«Y diez tristes versucillos
De ingenios que sólo sueñan
A los Marones y Horacios,
Han dado honores y haciendas.
«Linda justicia, por cierto,
Gastar las públicas rentas
En enriquecer á ociosos
Que sílabas encadenan!
«Bella gloria de un ministro
De quien todo el orbe cuelga,
Meter en su gabinete
Locos, llamados poetas!
«Política prodigiosa,
Fiar á tales cabezas
La amistad del que en sus hombros
El público bien sustenta!
«Y yo, que te he presentado
Diez proyectos, seis empresas,
Con prolijidad copiadas
En hermosísima letra;
«Yo, que he dado cien arbitrios
Para que el erario crezca,
Trasquilando tres provincias
Con imposiciones nuevas;
«Yo, que no he desperdiado
Mi tiempo en otras tareas
Que en ser sombra eterna tuya
Con sufrimiento de piedra;
«Yo, que frecuento arcadauces,
Y busco y corro las sendas
Por donde desde el empeño
A la adquisición se llega;
«Yo, que á esclavos y libertos
Hago dos mil reverencias,
Y á caza de secretarios
Ando cual perro de presa;
«Yo (digo), tan revestido
De tan eminentes prendas,
Echo los bofes, y... nada:
Nunca salgo de mi rueda.
«Con una risita zaina
Me escuchas; into con fuerza:
Mucha blandura en tu rostro,
Y tu voluntad muy terca;
«Y con esa voz meliflua
Y esa suavidad perversa
Que el diablo puso en tu boca
Para domar impaciencias,

«Me encajas la negativa,
Tan dulce, tan placentera,
Que aun tengo que agradecerle
Que mi pretension no atiendas.
«Pues no ha de ser...» Encendido
En cólera verdinegra,
Bañado de espuma el labio,
Aquí llegaba en su arenga;
Cuando, cansado el Ministro
De indiscrecion tan grosera,
«Nunca (dijo) me ha pesado
De escuchar palabras necias.
«El necio que calla, engaña,
O en duda su opinion deja;
Si habla el necio, le conozco
Y á despreciarle me enseña.
«Me culpas de que llamados
A mi retiro, á mi mesa
Horacio, Polion, Virgilio,
Logran lo que tú deseas;
«Y porque no te prefiero
De la divina influencia
Que inspira el cielo en los vates
Te burlas con torpe lengua.
«Mas di, misero: los triunfos,
Que al Capitolio encadenan
Provincias, reinos, regiones
Cuántas abarca la tierra,
Y al crujir de la mampara
De las divinas camenas,
Los ánimos no inflamarán
De la juventud guerrera?
«Estimulado á la gloria
El héroe que á serlo empieza,
Oye la trompa de Homero,
Y corre á la lid sangrienta.
«Las águilas vencedoras
Que el orbe todo venera,
Tal vez deben sus legiones
Al himno que las celebra.
«A mi lado quien me cante,
Quiero yo, glorias ajenas,
Que así á emularlas me incita
Y mi obligación me acuerda;
«No de aduladores bajos,
Vil grey que todo lo aprueba,
Y soleando el vicio,
Le produce ó le acrecienta.
«Compañía abominable,
Por quien almas muy excelsas,
A acciones grandes nacidas,
En monstruos fieros se truecan.
«El hombre á quien la fortuna
O su talento le entregan
La suerte de los mortales,
Que á su voluntad modera;
«Ejemplos á cada punto
Debe esenchar que le enciendan
A medir de las virtudes
La poco usada carrera;
«Que el poder da á los halagos
Del vicio fácil oreja,
Y no sabrá acciones grandes
Si al que las canta la cierra.
«Tal es el destino ilustre
Que el cielo mismo encomienda
A la inspiracion sagrada
Que en sí los versos hospedan.
«Así el hijo de Filipo,
De noche en la régia tienda,
Consultaba sus victorias
Con el Apolo de Grecia.
«La gran mole que habitamos,
A cuya vasta opulencia
Tributa postrado el orbe
Cuanto en su círculo engendra;
«Las doctas obras del arte,
Por cuya industria estupeñada
Durán en bronce los héroes
Que fúnebre vaso encierra;
«Los obeliscos altivos,
Y la triunfal eminencia

De los arcos que al soldado
Su digna entrada le muestran;
«Las aras donde frecuentes
Las hecatombes humean,
Y en sangre empapado el mármol,
Nuestra piedad reconcentra;
«Perecerán, sí; en fragmentos
Desfigurada y deshecha,
Verán los siglos futuros
Tal pompa, tanta grandeza.
«De mi persona caduca
Será breve la existencia;
Moriré, y á mis estatuas
Igual suerte las espera.
«Sólo Maron, sólo Horacio
Vivirán edad eterna,
Y en su gloria inextinguible
Irán mi memoria envuelta.
«Entónces cuando en sus versos
Mi justa munificencia
Por ocio en tiempos remotos
Algun poderoso lea,
«Verá que el grande Octaviano
Si de la Parca funesta
Privilegió los recuerdos
Destos instantes que reina,
«No al cántabro subyugado
Lo debió, no á la cruenta
Feroicidad con que Marte
Le acompañó en sus proezas;
«Sino al pacífico amigo
Que, ya cerrada la puerta
De Jano, trajo á su Roma
La eternidad de las ciencias.
«Verá que al arte inhumano
De destrozarse con reglas,
Sustituyó leyes santas
Que vivifican y aumentan;
«Verá á nada reducido
Cuanto no existe en las letras;
Que, imágenes de la mente,
Son inmortales cual ella.
«Verá que el siglo de Augusto
Dió su lustre á la excelencia
Del hombre, haciendo que el hombre
Por su razon resplandezca.
«Y entónces quizá impelido
De la feliz competencia,
Que acciones grandes produce,
Aun sin designios de hacerlas,
«Al hombre por sus talentos
Estimará, por aquella
Participacion divina
Que al Sér supremo le acerca;
«No por oficios serviles
De interesada caterva,
Que sólo el poder adora
Porque él adorarse deja...»
Aquí llegaba el privado,
De cuya larga respuesta
No sé si rancias historias
Igual ejemplo conservan;
Cuando cortándole el hilo
Con amigable franqueza,
«Permiteme (dijo Horacio)
Que yo mi causa defienda.
«Bien sé que á este triste enjambre
De pretendientes postemas
Admirará que á un ministro
Trate yo con tal llaneza;
«Yo, que, nieto de un liberto,
Desde mi humilde ascendencia,
Gran Mecénas, á tu cuna
Mido distancias inmensas.
«Pero tú, que al noble estimas
Sólo cuando se renuevan
En él las altas virtudes
De los abuelos que cuenta,
«Y que noble solamente
Llamas al que desempeña
El cargo eminente de hombre,
Que es su dignidad suprema;

«A mi honradez concediste
Tal libertad, que por nueva
Desconocen los idiotas
De cuna humilde y de régia.
«Aquéllos, porque abatidos
De la ceñuda soberbia
Del áulico, sólo viven
A merced de la vileza;
«Y éstos, porque apoderados
Del mando y la prepotencia,
Piensan que es mérito propio
La necesidad ajena.
«Y tú, pretendiente infausto,
Que has arribado á la empresa
De hacer que el que manda al mundo
Huya tu encuentro y te tema,
«Razon tienes en quejarte
De habilidad tan siniestra,
Que la virtud solemniza
Y la iniquidad aterra;
«De un arte que hermoscando
Lo que tú y otros afean,
Hace que el hombre con gusto
Sus mismos vicios reprenda.
«Al númen que nos inspira,
Jamás el perverso incienso,
Porque al llegar á sus aras,
Con escarmiento le arredra.
«Cómo dictára Terencio
Sus inmortales escenas,
Si del corazón humano
Gran conocedor no fuera!
«Y el que á los hombres retrata
Porque sus genios peneira,
Cual usa de ellos en burlas,
Usará dellos en véras.
«Quien sabe pintar de Ulises
La simulada cautela,
Y de magníficas tramas
Urdir sabe una tragedia,
«Sabrá, llevado al palacio,
Si no urdirías, conocerlas,
Y amigo de la justicia,
Desenredar tramas ciertas;
«Catástrofe necesaria
Donde la ambicion no cesa,
Y á golpe sordo destruye
La dicha que le es opuesta.
«En los alumnos de Apolo
Nunca la ambicion impera;
Quien con un Dios comunica,
La tierra ve muy pequeña.
«Así no corre afanado
Tras la pompa lisonjera,
Que con su oropel no paga
Lo que conservarla cuesta.
«Ceniza, polvo, ruinas
En todo vé; en todo observa
Cadáveres venideros,
Que á otros sus locuras dejan.
«Fácil y parco alimento
Le enrobustece y sustenta;
No esclavo de las delicias,
Sino de él esclavas ellas.
«Sentimientos inmortales
Su espíritu sólo llenan;
Que un arte, toda del alma,
Sombras caducas desprecia.
«Tales hombres para amigos
Siempre el poder apetezca,
Si busca en las confianzas
Veracidad y pureza.
«Ser buen amigo lo sabe
Sólo quien poco desea,
Quien la lisonja persigue,
Quien la vanidad detesta,
«Quien desengaños amargos
Hacer agradables sepa,
Y al són de la dulce lira
Grata la verdad ofrezca.
«No ha miedo que en las desgracias
Pérdido la espalda vuelva,